

en el camino; pero el miedo de ir contra el mandado del Rey los detuvo: principalmente se mostró mas apasionado Don Pedro Gregorio (1), aquel mancebo mayorazgo rico que tú conoces, que dicen que la queria mucho, y despues que ella se partió, nunca mas él ha parecido en nuestro Lugar, y todos pensámos que iba tras ella para robarla; pero hasta ahora no se ha sabido nada. Siempre tuve yo mala sospecha, dixo Ricote, de que ese caballero adamaba á mi hija; pero fiado en el valor de mi Ricota, nunca me dió pesadumbre el saber que la queria bien, que ya habrás oido decir, Sancho, que las Moriscas, pocas, ó ninguna vez se mezcláron por amores con Christianos viejos, y mi hija, que á lo que yo creo, atendia á ser mas christiana que enamorada, no se curaria de las solicitudes dese señor mayorazgo. Dios lo haga, replicó Sancho, que á entrámbos les estaria mal; y déxame partir de aquí, Ricote amigo, que quiero llegar esta noche adonde esta mi señor

(1) A este caballero se le llama *Don Gaspar* en el cap. LXIII, y en el LXIV.

Don Quixote. Dios vaya contigo, Sancho hermano, que ya mis compañeros se rebullen, y tambien es hora que prosigamos nuestro camino; y luego se abrazáron los dos, y Sancho subió en su rucio, y Ricote se arrimó á su bordon, y se apartáron.

CAPÍTULO LV.

De cosas sucedidas á Sancho en el camino, y otras que no hay mas que ver.

EL haberse detenido Sancho con Ricote, no le dió lugar á que aquel dia llegase al castillo del Duque, puesto que llegó media legua dél, donde le tomó la noche algo escura y cerrada; pero como era verano, no le dió mucha pesadumbre: y así se apartó del camino, con intencion de esperar la mañana, y quiso su corta y desventurada suerte, que buscando lugar donde mejor acomodarse, cayéron él y el

rucio en una honda y escurísima sima, que entre unos edificios muy antiguos estaba, y al tiempo del caer se encomendó á Dios de todo corazón, pensando que no había de parar hasta el profundo de los abismos: y no fué así, porque á poco mas de tres estados dió fondo el rucio, y él se halló encima dél, sin haber recibido lision ni daño alguno. Tentóse todo el cuerpo, y recogió el aliento, por ver si estaba sano, ó agujereado por alguna parte: y viéndose bueno, entero y católico de salud, no se hartaba de dar gracias á Dios nuestro Señor de la merced que le había hecho, porque sin duda pensó que estaba hecho mil pedazos. Tentó asimesmo con las manos por las paredes de la sima, por ver si sería posible salir della sin ayuda de nadie, pero todas las halló rasas y sin asidero alguno, de lo que Sancho se congojó mucho, especialmente quando oyó que el rucio se quejaba tierna y dolorosamente, y no era mucho, ni se lamentaba de vicio, que á la verdad no estaba muy bien parado. ¡Ay, dixo entónces Sancho Panza, y quan no pensados sucesos suelen suceder á cada paso á los que viven en este miserable mundo! ¡Quien dixera que el que

ayer se vió entronizado Gobernador de una Ínsula, mandando á sus sirvientes y á sus vasallos, hoy se había de ver sepultado en una sima, sin haber persona alguna que le remedie, ni criado, ni vasallo que acuda á su socorro? Aquí habrémos de perecer de hambre yo y mi jumento, si ya no nos morimos ántes, él de molido y quebrantado, y yo de pesaroso: á lo ménos no seré yo tan venturoso como lo fué mi señor Don Quixote de la Mancha, quando decendió y baxó á la cueva de aquel encantado Montesinos, donde halló quien le regalase mejor que en su casa, que no parece, sino que se fué á mesa puesta y á cama hecha. Allí vió él visiones hermosas y apacibles, y yo veré aquí, á lo que creo, sapos y culebras. ¡Desdichado de mí, y en que han parado mis locuras y fantasías! De aquí sacarán mis huesos, quando el cielo sea servido que me descubran, mondos, blancos y raidos, y los de mi buen rucio con ellos, por donde quizá se echará de ver quien somos, á lo ménos de los que tuvieren noticia que nunca Sancho Panza se apartó de su asno, ni su asno de Sancho Panza. Otra vez digo; miserables de nosotros! que no ha querido nues-

tra corta suerte que muriésemos en nuestra patria y entre los nuestros, donde ya que no hallara remedio nuestra desgracia, no faltará quien della se doliera, y en la hora última de nuestro pasamiento nos cerrara los ojos. ¡Ó compañero y amigo mio, que mal pago te he dado de tus buenos servicios! Perdóname, y pide á la fortuna en el mejor modo que supieres, que nos saque deste miserable trabajo en que estamos puestos los dos, que yo prometo de ponerte una corona de laurel en la cabeza, que no parezcas sino un laureado poeta, y de darte los piensos doblados. Desta manera se lamentaba Sancho Panza, y su jumento le escuchaba sin responderle palabra alguna (1): tal era el aprieto y

(1) No es este el único animal que no contestó á quien le hablaba. El conde Orlando encontro al caballo Bayardo sin su señor, que era Reynaldos de Montalvan, y le preguntó por él diciendo:

Ay, buen caballo! donde está Reynaldo?

Dime dó está? no me lo estes callando.

Así el conde al caballo preguntaba,

Y no le respondió, porque no hablaba.

(Orlando Enamorado: por Mateo B. yardo, traducción por Francisco Garrido de Villena: lib. 1, can. 19.)

angustia en que el pobre se hallaba. Finalmente, habiendo pasado toda aquella noche en miserables quejas y lamentaciones, vino el día, con cuya claridad y resplandor vió Sancho, que era imposible de toda imposibilidad salir de aquel pozo, sin ser ayudado, y comenzó á lamentarse y dar voces, por ver si alguno le oía; pero todas sus voces eran dadas en desierto, pues por todos aquellos contornos no habia persona que pudiese escucharle, y entónces se acabó de dar por muerto. Estaba el rucio boca arriba, y Sancho Panza le acomodó de modo que le puso en pie, que apenas se podia tener; y sacando de las alforjas, que tambien habian corrido la mesma fortuna de la caída, un pedazo de pan, lo dió á su jumento, que no le supo mal, y díxole Sancho, como si lo entendiera: todos los duelos con pan son buenos (1). En esto descubrió á un lado de la sima un agujero, capaz de caber por él una persona, si se agoviaba y encogia. Acudió á él Sancho Panza, y agazapándose se entró por él, y vió que por de dentro era espacioso y

(1) Otrás veces dice Cervantes *menos*.

largo, y púdolo ver, porque por lo que se podía llamar techo, entraba un rayo de sol que lo descubria todo. Vió tambien que se dilataba y alargaba por otra concavidad espaciosa, viendo lo qual, volvió á salir adonde estaba el jumento, y con una piedra comenzó á desmoronar la tierra del agujero, de modo que en poco espacio hizo lugar donde con facilidad pudiese entrar el asno, como lo hizo, y cogiéndole del cabestro comenzó á caminar por aquella gruta adelante, por ver si hallaba alguna salida por otra parte: á veces iba á escúras, y á veces sin luz; pero ninguna vez sin miedo. ; Várame Dios todo poderoso! decia entre sí: esta que para mí es desventura, mejor fuera para aventura de mi amo Don Quixote. Él sí que tuviera estas profundidades y mazmorras por jardines floridos y por Palacios de Galiana, y esperara salir desta escuridad y estrechez á algun florido prado; pero yo sin ventura, salto de consejo y menoscabado de ánimo, á cada paso pienso que debaxo de los pies de improviso se ha de abrir otra sima mas profunda que la otra, que acabe de tragarme. Bien vengas mal, si vienes solo. Desta manera y con estos pen-

samientos le pareció que habria caminado poco mas de media legua, al cabo de la qual descubrió una confusa claridad, que pareció ser ya de dia, y que por alguna parte entraba, que daba indicio de tener fin abierto aquel, para él, camino de la otra vida. Aquí le dexa Cide Hamete Benengeli, y vuelve á tratar de Don Quixote, que alborozado y contento esperaba el plazo de la batalla que habia de hacer con el robador de la honra de la hija de Doña Rodriguez, á quien pensaba enderezar el tuerto y desaguisado que malamente le tenían fecho. Sucedió pues, que saliéndose una mañana á imponerse y ensayarse en lo que habia de hacer en el trance en que otro dia pensaba verse, dando un repelon ó arremetida á Rocinante, llegó á poner los pies tan junto á una cueva, que á no tirarle fuertemente las riendas, fuera imposible no caer en ella. En fin le detuvo y no cayó, y llegándose algo mas cerca, sin apearse miró aquella hondura, y estándola mirando oyó grandes voces dentro, y escuchando atentamente pudo perceber y entender que el que las daba decia: ha de arriba; háy algun christiano que me escuche? ¿ó algun caballero caritativo

que se duela de un pecador enterrado en vida? ¿de un desdichado desgovernado Gobernador? Parecióle á Don Quixote, que oía la voz de Sancho Panza, de que quedó suspenso y asombrado, y levantando la voz todo lo que pudo, dixo: ¿quien está allá abaxo? ¿quien se queja? ¿Quien puede estar aquí, ó quien se ha de quejar? respondiéron, sino el asendereado de Sancho Panza, Gobernador por sus pecados y por su mala andanza de la Ínsula Barataria, escudero que fué del famoso caballero Don Quixote de la Mancha. Oyendo lo qual Don Quixote, se le dobló la admiracion y se le acrecentó el pasmo: viniéndosele al pensamiento que Sancho Panza debia de ser muerto, y que estaba allí penando su alma, y llevado desta imaginacion, dixo: conjúrote por todo aquello que puedo conjurarte como católico christiano, que me digas quien eres, y si eres alma en pena, dime que quieres que haga por ti, que pues es mi profesion favorecer y acorrer á los necesitados deste mundo, tambien lo seré para acorrer y ayudar á los menesterosos del otro mundo, que no pueden ayudarse por sí propios. Desamano, respondiéron, vuesa merced que me habla

debe de ser mi señor Don Quixote de la Mancha, y aun en el órgano de la voz no es otro sin duda. Don Quixote soy, replicó Don Quixote, el que profeso socorrer y ayudar en sus necesidades á los vivos y á los muertos: por eso dime quien eres, que me tienes atónito, porque si eres mi escudero Sancho Panza y te has muerto, como no te hayan llevado los diablos, y por la misericordia de Dios estés en el purgatorio, sufragios tiene nuestra Santa Madre la Iglesia Católica Romana bastantes á sacarte de las penas en que estás, y yo que lo solicitaré con ella por mi parte con quanto mi hacienda alcanzare: por eso acaba de declararte y dime quien eres. Voto á tal, respondiéron, y por el nacimiento de quien vuesa merced quisiere, juro, señor Don Quixote de la Mancha, que yo soy su escudero Sancho Panza, y que nunca me he muerto en todos los dias de mi vida; sino que habiendo dexado mi Gobierno por cosas y causas que es menester mas espacio para decirlas, anoche caí en esta sima, donde yago, y el rucio conmigo (1), que no me dexará mentir,

(1) Sancho atestigua con su asno la verdad de lo que dice,

pues por mas señas está aquí conmigo. Y hay mas, que no parece sino que el jumento entendió lo que Sancho dixo, porque al momento comenzó á rebuznar tan recio, que toda la cueva retumbaba. Famoso testigo, dixo Don Quixote, el rebuzno conozco, como si le pariera, y tu voz oigo, Sancho (k) mio: espérame, iré al castillo del Duque, que está aquí cerca, y traeré quien te saque desta sima, donde tus pecados te deben de haber puesto. Vaya vuesa merced, dixo Sancho, y vuelva presto por un solo Dios, que ya no lo puedo llevar el estar aquí sepultado en vida, y me estoy muriendo de miedo. Dexóle Don Quixote, y fué al castillo á contar á los Duques el suceso de Sancho Panza, de que no poco se maravillaron, aunque bien entendieron que debia de haber caido por la correspondencia de aquella gruta, que de tiempos inmemoriales estaba allí hecha; pero no podian pensar como habia dexado el Gobierno, sin tener ellos aviso de su

aludiendo á la formula de los que defienden causas, que atestiguan la verdad de los hechos que sientan quando informan, y de que se ha hecho relacion al juez, diciendo por exemplo: *el escribano conmigo, etc.*

venida. Finalmente, como dicen, llevaron sogas y maromas, y á costa de mucha gente y de mucho trabajo sacaron al rucio y á Sancho Panza de aquellas tinieblas á la luz del sol (1). Vióle un estudiante, y dixo: desta manera habian de salir de sus Go-

(1) Esta tenebrosa cueva, donde cayo Sancho, no se ha descubierto todavia en Aragon, donde la supone Cervantes. En el campo de Criptana (que quiere decir, lugar de cuevas ó de subterranos) habia dos cuevas, que iban á parar al castillo de la villa, largas de mas de quarto de legua, y parece se comunicaban; porque los antiguos decian que se habian echado gansos por una parte, y habian salido por la otra, como lo depusieron sus vecinos el año de 1575, en el tom. III, fol. 820 de las *Relaciones* de los pueblos de España, que se hallan en la Real Academia de la Historia. En la misma Mancha, entre Belmonte y su aldea la Osa de la Vega, hay tambien unas concavidades de que hablan dos autores, no sé si con algun encaucamiento. El uno es Diego de la Mota, que el año de 1599 decia: *en Belmonte, cabeza del marquesado de Villena, hay un laberinto, llamado de las Horadadas, baxo de tierra, de tantas calles que nadie le ha hallado cabo.* (Del Principio de la Orden de Santiago: pag. 351.) El otro es Fr. Cristobal de los Santos, que el año de 1695 decia: *á corta distancia de la Osa de la Vega hay una mediana eminencia, que llaman la Horadada, en cuyo distrito hay diferentes bocas de unas cuevas, donde entrando por ellas se encuentran edificios subterranos, con diferentes salas con asientos y sillas labradas de las mismas piedras: todos vestigios demonstrativos de haber vivido en ellas mucha gente, ó ya de gentiles,*

biernos todos los malos Gobernadores, como sale este pecador del profundo del abismo, muerto de hambre, descolorido, y sin blanca, á lo que yo creo. Oyólo Sancho, y dixo: ocho dias ó diez ha, hermano murmurador, que entré á gobernar la Insula que me diéron, en los quales no me viharto de pan siquiera un hora: en ellos me han perseguido médicos, y enemigos me han brumado los huesos: ni he tenido lugar de hacer cohechos, ni de cobrar derechos; y siendo esto así, como lo es, no merecia yo, á mi parecer, salir de esta manera; pero el hombre pone y dios dispone; y Dios sabe lo mejor y lo que le está bien á cada uno, y qual el tiempo tal el tiempo, y nadie diga desta agua no beberé, que adonde se piensa que hay tocinos no hay estacas: y Dios me entiende y basta, y no digo mas, aunque pudiera. No te eno-

ó ya de sarracenos. (Historia del Sagrado Rostro de nuestro Redentor: fol. 75.)

Acaso Cervantes, que tendria noticia individual de esta geografia subterranea de la Mancha Alta, fingio á su semejanza en Aragon el lugar subterraneo, donde se hundieron Sancho y el Rucio. Con esto se pudiera esforzar la defensa que de Cervantes hace el señor Rios en este pasage. (*Analisis: Art. VIII, num. 298.*)

jes, Sancho, ni recibas pesadumbre de lo que oyeres, que será nunca acabar: ven tú con segura conciencia, y digan lo que dixerén, y es querer atar las lenguas de los maldicientes, lo mesmo que querer poner puertas al campo. Si el Gobernador sale rico de su Gobierno, dicen dél, que ha sido un ladron, y si sale pobre, que ha sido un para poco y un mentecato. Á buen seguro, respondió Sancho, que por esta vez ántes me han de tener por tonto que por ladron. En estas pláticas llegaron rodeados de muchachos y de otra mucha gente al castillo, adonde en unos corredores estaban ya el Duque y la Duquesa esperando á Don Quixote y á Sancho, el qual no quiso subir á ver al Duque, sin que primero no hubiese acomodado al rucio en la caballeriza, porque decia que habia pasado muy mala noche en la posada, y luego subió á ver á sus señores, ante los quales puesto de rodillas, dixo: yo, señores, porque lo quiso así Vuestra Grandeza, sin ningun merecimiento mio fuí á gobernar vuestra Insula Barataria, en la qual entré desnudo y desnudo me hallo, ni pierdo ni gano. Si he gobernado bien

ó mal, testigos he tenido delante que dirán lo que quisieren. He declarado dudas, sentenciado pleytos, y siempre muerto de hambre, por haberlo querido así el Doctor Pedro Recio, natural de Tirteafuera, médico insulano y gobernadoresco. Acometiéronnos enemigos de noche, y habiéndonos puesto en grande aprieto, dicen los de la Insula, que salieron libres y con victoria por el valor de mi brazo: que tal salud les dé Dios, como ellos dicen verdad. En resolucion, en este tiempo yo he tanteado las cargas que trae consigo y las obligaciones el gobernar, y he hallado por mi cuenta, que no las podrán llevar mis hombros, ni son peso de mis costillas, ni flechas de mi aljaba: y así ántes que diese conmigo al traves el Gobierno, he querido yo dar con el Gobierno al traves, y ayer de mañana dexé la Insula como la hallé, con las mismas calles, casas y tejados que tenia quando entré en ella. No he pedido prestado á nadie, ni metídome en grangerías: y aunque pensaba hacer algunas ordenanzas provechosas, no hice ninguna, temeroso que no se habian de guardar, que es lo mesmo hacerlas que

no

no hacerlas (1). Salí, como digo, de la Insula, sin otro acompañamiento que el de mi rucio: caí en una sima, víneme por ella adelante, hasta que esta mañana con la luz del sol vi la salida; pero no tan fácil, que á no depararme el cielo (l) á mi señor Don Quixote, allí me quedara hasta la fin del mundo. Así que, mis señores Duque y Duquesa, aquí está vuestro Gobernador Sancho Panza, que ha grangeado en solos diez dias que ha tenido el Gobierno, conocer (m) que no se le ha de dar nada por ser Gobernador, no que de una Insula, sino de todo el mundo, y con este presupuesto, besando á vuestas mercedes los pies, imitando al juego de los muchachos que dicen: salta tú y dámela tú, doy un salto del Gobierno y me paso al servicio de mi señor Don Quixote, que en fin en él, aunque como el pan con sobresalto, hártome á lo ménos, y para mí, como

(1) Con la caída en la sima estaba algo trascordado Sancho, pues al fin del cap. LI se dice que ordenó cosas tan buenas, que todavía se guardaban en la Insula, y se nombraban: Las Constituciones del gran Gobernador Sancho Panza.

yo este harto, eso me hace que sea de zanahorias que de perdices. Con esto dió fin á su larga plática Sancho, temiendo siempre Don Quixote que habia de decir en ella millares de disparates, y quando le vió acabar con tan pocos, dió en su corazon gracias al cielo, y el Duque abrazó á Sancho y le dixo, que le pesaba en el alma de que hubiese dexado tan presto el Gobierno; pero que él haria de suerte, que se le diese en su Estado otro oficio de ménos carga y de mas provecho. Abrazóle la Duquesa asimesmo, y mandó que le regalasen, porque daba señales de venir mal molido y peor parado.

CAPÍTULO LVI.

De la descomunal y nunca vista batalla que pasó entre Don Quixote de la Mancha y el lacayo Tosilos, en la defensa de la hija de la dueña Doña Rodriguez.

No quedáron arrepentidos los Duques de la burla hecha á Sancho Panza del Gobierno que le diéron, y mas, que aquel mesmo dia vino su mayordomo, y les contó punto por punto casi todas las palabras y acciones que Sancho habia dicho y hecho en aquellos dias: y finalmente les encareció el asalto de la Ínsula, y el miedo de Sancho y su salida, de que no pequeño gusto recibieron. Despues desto cuenta la historia que se llegó el dia de la batalla aplazada, y habiendo el Duque una y muy muchas veces advertido á su lacayo Tosilos como se habia de avenir con Don